

Un corazón en el agua

La construcción del embalse del Ebro estuvo marcada por injusticias, miedos y silencios

R. Pérez Barredo

Durante décadas, las coplas del pantano estuvieron prohibidas: canturrearlas era castigado con palizas o con días de cuartelillo. Se entonaban en las casas, por lo bajinis, y así fue que estas canciones

proscritas pasaron de padres a hijos, llegando hasta nuestros días como memoria viva, denuncia y llanto de una comarca a la que el embalse del Ebro cambió para siempre, condenando a cientos de vidas a un destino incierto y ahogando su historia en aguas tan profundas con son las del olvido. Vestigio ominoso de cuanto sucedió en el pantano es el campanario de la iglesia de Villanueva de Las Rozas, que se yergue solemne cuando el nivel no es alto; también lo fueron, durante mucho tiempo, los huesos que, como



restos de un naufragio, salían a la superficie testimoniando la irreverencia del agua con los cementerios de los tres pueblos que desde hace más de medio siglo descansan en el fondo.

Hace ahora una centuria, en la década de los años 10, que comenzó a hablarse de la necesidad de embalsar el agua del Ebro en el límite entre Cantabria y Castilla para evitar crecidas y regular su caudal lo más posible pensando en los regadíos de La Rioja y Aragón. El primer proyecto fue redactado por el ingeniero Manuel Lorenzo Pardo, quien lo presentó en 1913 en un Congreso de Riegos celebrado en Zaragoza, recibiendo el visto bueno ministerial al final de esa década, cuando se iniciaron las obras. Como toda actuación faraónica, ésta exigía sacrificios. Varias poblaciones tendrían que verse afectadas, llevándose la peor parte tres localidades: Quintanilla, Medianedo y La Magdalena, sentenciadas a desaparecer enteras bajo las aguas. Aquel valle, como recuerdan ciertas fotografías de la época y los vecinos que a pesar de todo se quedaron a vivir en la comarca, era un lugar fecundo, con extensas y productivas llanuras, ideales para el ganado caballar y vacuno. Quienes no vivían del campo trabajaban en Cristalería Española, industria arijana con cientos de empleados. No era una arcadia feliz, pero en aquella época había núcleos rurales mucho más deprimidos. Quizás por ello los vecinos de la comarca se negaron desde el principio y frontalmente a la construcción del embalse.

A pesar de las compensaciones, que parecían razonables: construcción de nuevas viviendas para los vecinos de los tres pueblos a cargo del Estado más las respectivas indemnizaciones económicas y el establecimiento de vías de comunicación que impidieran el aislamiento de los núcleos de la ribera del pantano: la construcción de un ramal del ferrocarril de la Robla hasta Reinosa, de un puente que uniera las localidades de Arija y Población así como la puesta en marcha de un servicio público de lanchas que comunicara de manera regular todos los pueblos.

El ritmo de las obras siempre fue lento. Los contenciosos con las expropiaciones lastraron su evolución (Cristalería Española, por ejemplo, denunció que algunos de los mejores terrenos de los que extraía la arena iban a quedar bajo las aguas), pero el objetivo se mantuvo siempre. Era una decisión tomada. Y firme. Las coplas del pantano nacieron entonces. Dicen que nos van a dar/ buena indemnización./ Más valdría que tuvieran/ de nosotros compasión. Sólo se registró un parón durante la Guerra Civil. Pero el franquismo reactivó el proyecto, que contó con numerosa mano de obra: cientos de presos políticos participaron durante años en las tareas más duras, tirando de pico y barrenando. El valle, a esas alturas, estaba ya inundado no de agua, sino de tristeza y desolación, como escribirían varios cronistas de revistas ilustradas como aquel Ezequiel Cuevas, que en un número de Blanco y Negro de 1932 anticipaba la tragedia: «Por las carreteras, horas y horas andando sin rumbo, marcharán las familias que el río echó de sus moradas. Delante de los carros, donde irán emparejados los bueyes de labor, marchará el padre con la aijada en alto, señalando el camino que nadie sabe a dónde conduce». Más de 6.000 hectáreas expropiadas y de medio millar de vecinos afectados después, el certificado de defunción del valle estaba firmado.

EL FIN. Después de invertirse 133 millones de pesetas, el 31 de marzo del año 1947 se ordenó cerrar las compuertas del embalse. Para entonces, ya se habían cumplido los presagios del plumilla, pero sólo en algunos casos. Porque hubo decenas de personas que aguantaron hasta el final, hasta que el agua entró en sus casas, lo que sucedió en días sucesivos. Habían pasado casi veinte años desde que se negociara con los afectados las indemnizaciones. El agua estaba por sus rodillas y todavía no habían cobrado un solo real. Lo harían a partir de 1948 y a cuentagotas: a ninguno de los afectados le dieron las 10.000 pesetas apalabradas en 1928 hasta entonces, y ni siquiera se aplicó un aumento por no tener el mismo valor dado el tiempo transcurrido. A la herida profunda de tener que abandonar el lugar en el que habían aprendido a vivir se unió esa injusticia y las demás, porque tampoco se construyó el ramal del tren hasta Reinosa, y el viaducto construido entre Arija y Población se vino abajo en 1952, sólo mes y medio después de que Franco inaugurara el embalse oficialmente, y nunca volvió a reconstruirse, comunicando totalmente ambas orillas, anómala situación que se mantiene todavía hoy. Esas promesas incumplidas fueron silenciadas por el régimen, y la mayor parte de los afectados optó por emigrar a Santander, Bilbao y Avilés. El porqué de la marcha a aquella industriosa ciudad asturiana vino provocada por la propia entrada en funcionamiento del embalse. Cristalería Española entendió que éste le hacía más mal que bien, y en 1953 se trasladó, dejando más huérfana si cabe a una comarca herida de muerte.

Con capacidad para 540 millones de metros cúbicos y con unas dimensiones de 20 kilómetros de largo por 4,5 de ancho, el pantano de la cabecera del Ebro sigue siendo hoy, un siglo después de que se anunciara,

un pesadilla para los vecinos más ancianos del vallé. No pueden olvidar que esas aguas trastocaron amargamente sus vidas. Que bajo ellas están sus recuerdos. Y recordar es volver a pasar por el corazón. Lo dicen mejor las coplas del pantano, sabias e impregnadas del escalofrío de las cosas que se han perdido pero se mantienen vivas: Adiós mi pueblo querido/ y toda la vecindad,/ me despido llorando,/ no sé dónde iré a parar./ Adiós mi querida casa, con sentimiento te olvido./ Ahí te dejo mis recuerdos, mis recuerdos más queridos.